

VIVIR LIBRES

Como el beato Franz logró mantenerse fiel a la verdad

ECCLESIA

26_05_2020

**Rino
Cammilleri**



Hidden Life, "vida oculta" es el título de la última película de Terrence Malick, un director de culto tan perfecto y buscado que produce una película en promedio cada diez años. Aunque no es creyente, esta vez quería probar suerte con la figura de Franz Jägerstätter,

a quien la Iglesia Católica venera como Beato. Como sabemos, es un mártir del nazismo, ejecutado porque se negó a prestar juramento de fidelidad a Hitler.

En primer lugar, remarcamos la singularidad de un autor hollywoodiense que, en lugar de hacer la milmillonésima película sobre la Shoà, se recuerda que el nazismo también causó otras víctimas. Y sigue siendo una película sobre el "silencio de Dios", pero (como lo observó [nuestra colaboradora Frigerio](#)) parece una especie de respuesta al silencio de Martin Scorsese: hay dos jesuitas que apostatan, bajo presión en el Japón del siglo XVII; aquí un campesino padre de familia elige no someterse. Y llegamos al protagonista, cuya figura el director subestima para centrarse en el dilema interior (para que al espectador pueda quedar la duda de si es un fanático o un santo).

Es austriaco, nacido en el pueblo campesino de Sankt Radegund en 1907 de una madre adolescente. Es agricultor en Baviera y minero en Estiria. En 1933 regresó a la ciudad y se destacó por la alegría desenfadada, las risas, las juergas. Bello, ardiente y cortejado, visto que está, deja embarazada a una criada. Dos años después, el encuentro de su vida con Franziska, quien se casa con él y lo obliga a poner la cabeza en su lugar. Franziska es toda oración, con ella Franz comienza a leer la Biblia todos los días. En breve, se volvió ferviente y se ofreció como sacristán en la iglesia. Franziska le da tres niñas, una tras otra.

Franz está transfigurado, el descubrimiento de la fe le da una alegría nunca antes sentida, el trabajo en sus campos está bien, la familia es un paraíso para él. Pero es demasiado bello para durar. En 1938 con *Anschluss*, Austria pasa bajo la dominación de la Alemania de Hitler. Franz, que se ha informado bien, sabe que el nazismo es incompatible con el catolicismo y comienza a comportarse en consecuencia: rechaza la oferta de ser un burgomaestre, rechaza los cheques familiares e incluso la compensación estatal que le correspondería por los daños y perjuicios de una tormenta de granizo. Poco a poco, la popularidad de la que disfruta en el pueblo se convierte en una sorda hostilidad. Le dan de fanático, de empecinado, de alborotador y terminará atrayendo la atención maliciosa del régimen sobre Sankt Radegund.

Su esposa también sufre de ostracismo, incluso sus pequeñas hijas, con las que ningún niño quiere jugar más. Todos se vuelven contra él, también el párroco le aconseja que se rinda, incluso el obispo de Linz. Todos, excepto su esposa, a quien le debe su conversión. Franziska está desesperada por la situación, pero a pesar de sus lágrimas, está con su esposo y lo alienta a perseverar en lo que él cree que es correcto. Ella sabe bien que sin él su granja se irá al infierno y que ella y sus hijas serán marcadas para siempre como familiares de un traidor. Pero incluso si no comprende

completamente su decisión, se pone del lado de él. Una esposa así es una gracia enorme: toda nuestra envidia.

Después las cosas precipitan: Alemania entra en guerra con el mundo y Franz es llamado a las armas. Él, que no quiere contribuir a las conquistas de Hitler, se presenta, pero en el momento del juramento personal al Führer, no quiere oír. Prisión, acoso, interrogatorio, pero no cede. Para no crear un precedente embarazoso, le ofrecen el servicio alternativo en la sanidad. Pregunta: ¿Tendré que jurar lealtad a Hitler? Respuesta: sí. Respuesta: entonces no se hace nada. Lo envían a Berlín, para comparecer ante un tribunal del Reich como desertor, pero también, y lo que es peor, como disidente. Aquellos que lo visitan, e incluso su abogado, lo ponen frente al chantaje moral: ¿no piensas en tus hijas? ¿Cuánto te cuesta fingir que juras? La pena prevista es la muerte, dejarás a tu familia con hambre y marcados para siempre; ¿Estás seguro de que tu posición no deriva del orgullo que confundes con la coherencia con la fe religiosa?

Pero él, entre las lecturas diarias de la Biblia, tiene presente a ese anciano judío que se negó a comer carne de cerdo en el momento de la persecución de Antíoco: a él también le habían sugerido fingir para salvarle la vida, pero él había pensado al mal ejemplo que habría dado a los jóvenes si se hubiera dado por vencido. La pena de muerte en el Reich era suministrada a través de la guillotina, un legado de la ocupación napoleónica. Franz Jägerstätter puso el cuello el 9 de agosto de 1943 en el distrito berlinés de Brandeburgo. Fue beatificado en 2007. Un martirio sufrido por odio a la fe. Franz era un terciario franciscano y había incluso hecho su buen servicio militar en el ejército austríaco. Pero en el momento del referéndum sobre la unión de Austria y Alemania, él había sido el único en todo Sankt Radegund en votar no. No al nazismo pagano y, luego, no a la guerra que éste había provocado.

La película de Malick dura tres horas y lleva el estilo inconfundible del autor, que lleva al espectador a preguntarse qué induce a un joven cuya vida es completamente feliz de jugarse todo en nombre de la lealtad a un principio. Muchas escenas están dedicadas al tormento de un creyente que, como el bíblico Job, es rodeado de "consoladores" que lo instan a ceder, que lo culpan por su obstinación y por su insensibilidad hacia su esposa e hijas, cuyo destino, por su culpa, habría sido amargo. En la película, aparece también -en un cameo- el famoso actor alemán Bruno Ganz, quien falleció recientemente: interpreta a un anciano oficial que es el único que parece comprender el dilema de Franz, pero que al final lo abandona a su destino, aunque a regañadientes. Es un homenaje a aquellos hombres del antiguo ejército alemán que no

simpatizaban con Hitler pero que obedecieron a la patria (incluso si ésta hubiera terminado en manos cuestionables).

Muchos diálogos en la película permanecieron en el idioma original, lo que aumenta el pathos. En aquellos traducidos, sin embargo, surgen golosinas como esta frase que le dijo a Franz que el director pone en la boca de un compañero de celda: “Llegarán tiempos oscuros cuando los hombres serán más inteligentes; no lucharán contra la verdad, la ignorarán”. No pensaba al nazismo, ya oscuro por sí mismo. Pensaba al después.